


2/18/1941

*Impreso en 15 de Mayo de 1941 y enclavado en el libro
El nacimiento.
Madrid: Imp. de S. Francisco de Asís.*

 MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

Paseo de Recoletos, 20
28071 Madrid
Teléf.: 580 78 00
Telefax: 577 56 34

Z-412

SIGNATURA:.. *Año. 1841*

REDUCCION: **11**

ESCALA GRAFICA



que podría con fruto emplear los recursos de su talento. No es, en nuestra época, lo único que se vá á buscar al teatro, un momento de diversion, y si esto es indudablemente lo que se busca lo mismo en esta que en todas las épocas, por lo menos no se habla ahora con tanta facilidad acaso como antes. La literatura, las ciencias y las artes, á fuerza de ejercitarse, se han refinado, por decirlo así, hasta un punto tal, que penetrando, á medida que ellas se han difundido en el espíritu del vulgo, un conocimiento instintivo de lo bello y de lo verdadero, no se contenta ya con lo que antes se contentaba, y crítico severo, examina lo que para entretenerlo ó para enseñanza se le presenta, y solo admite benigno y agradecido lo que mas se acerca á la belleza y á la verdad. La belleza, en el arte, á lo que á nosotros nos parece, no es otra cosa sino la expresion acertada y verdadera de la misma verdad que se ha concebido. La falta de verdadera expresion, afea y mata al pensamiento mas grande, envoleviéndole de tal modo entre los mil torpes y entredados hilos del mal desempeño artístico, que del todo sofocado pierde su luz y su espíritu, confundiéndose, en la pintura por ejemplo, con la grosera materia de los colores mal desparrramados por el lienzo. Mas tolerable aun es en las artes, la falta de pensamiento grande, supida con un desempeño acabado, pero en la severidad de la critica, tanto una falta como otra, constituyen un defecto mas ó menos grande, pero digno siempre de reparo y de escámen.

La concepcion de la comedia del Sr. Breton ya hemos dicho que á nuestro juicio es buena y elevada. Hay ademas en ella verdad, y nada mas pedimos del pensamiento del autor.

Ahora con la desconfianza de que al hacer observaciones, mas ó menos acertadas, no pretende de ninguna manera erijirse en juez, ni dar consejos á quien él respeta, examinaremos si el desempeño de la comedia es tan bueno como podría serlo, atendido el talento del autor, y de lo que de él exija el pensamiento del drama.

Nosotros creamos que á pesar de tener esta comedia bellísimas escenas, y de estar toda ella ligera y delicadamente tocada, como todas las obras del Sr. Breton, no ha dado este á su drama el colorido que le convenia.

Sin añadir ni quitar una sola persona, creamos nosotros que podía haberlas hecho desenvolver el mismo carácter que en la comedia tienen, de una

manera mas pensada, mas grave, mas adecuada al orden de ideas en que esta produccion está concebida.

La facilidad con que el autor versifica, le ha llevado á nuestro entender á no pensar mucho en el partido que podía sacar de un diálogo menos vulgar que el que pone en boca de sus personajes.

No es la vulgaridad de que hablamos esa que tan injustamente se le echa en cara al Sr. Breton en algunas comedias suyas, que nosotros hemos alabado en otras ocasiones. Si llamamos vulgar al desempeño de la comedia—*«Qué hombre tan canabale!»*—es tan solo con relacion al pensamiento que en ella creamos nosotros que ha animado al autor, pensamiento digno para nosotros de mayor detenimiento en su expresion que la mayor parte de los que se ha propuesto expresar en otras obras suyas.

En este concepto, creamos que efectivamente podría haber ganado mucho esta comedia, si en ella el diálogo hubiera sido mas pensado, y si la intencion del autor hubiera pasado un poco mas á las personas que le sirven para desenvolver su argumento. A nuestro juicio, es un defecto en esta comedia, que siendo ella por su esencia perteneciente á un género distinto del de otras que ha escrito el Sr. Breton, sea sin embargo idéntico el colorido de todas las personas que en el entredado intervienen, al de todas las personas de todas las comedias del mismo autor. Todo lo que hasta aqui hemos dicho que acaso parecerá oscuro, y lo que es mas, lo será acaso, no quiere decir otra cosa sino que esta nueva comedia del Sr. Breton, no es todo lo buena que nosotros creamos que el pudiera haberla hecho. Por lo demas ha sido aplaudida con justicia.

Ha sido puesta en escena, con un esmero y con un gusto que no podemos menos de alabar, lo mismo que la representacion, en la cual todos los actores han estado felicísimos.

Nada mas de particular ha pasado en toda esta quincena por nuestros teatros. En el de la Cruz se han representado *Margarita de Borgoña* y algunas otras piezas, ya muy conocidas del público. Hay por lo demas muchísimo movimiento dramático, que suple la falta que hay de dramas.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

EL PENSAMIENTO.

PERIODICO DE LITERATURA Y ARTES.

ESTUDIOS BIBLIOGRÁFICOS.

LUIS VIVES.

II. Artículo.

Como los trabajos é influencia de Luis Vives se emplearon con preferencia muy particular en restituir á la filosofía su verdadera índole y carácter, presentando la generacion y formacion de las ideas bajo un aspecto racional y analítico, por eso nos dedicamos en nuestro primer artículo á apuntar, mas bien que á desenvolver sus miras y sistema. Dijimos entonces, y ahora lo repetimos, que algo mas que un artículo de periódico era menester para tratar con el debido detenimiento un bosquejo fiel de unas tareas tan fecundas en resultados como llenas de importancia y valor intrínseco; pero aun cuando sea ligeramente y como de pasada, hablaremos de otras obras de Luis Vives que mal pudieran dejarse en el olvido, habiendo de dar á conocer sus vastas miras y profundos pensamientos.

Sabido es cuanto se esforzó desde el principio de su vida en devolver á la lengua latina su antigua nitidez y elegancia, y en devolver la armonía informe de la jerga que entonces se estilaba en las

escuelas, órgano acomodado á la bastarda filosofía que á la sazón dominaba en ellas. Necesitaba semejante abuso un remedio pronto y eficaz, no solo porque al abrigo de semejante confusion se eternizaban las estériles disputas escolásticas que en ella encontraban salidas para toda clase de apuros; sino tambien porque bajo tan errada direccion se falseaba y viciaba la tierna inteligencia de la niñez, y en vez de adquirir instruccion y gusto sólido, solo encontraba estímulo para lanzarse desde luego en la vaguedad de las argumentaciones y en el mar revuelto de las disputas.

No podian ocultarse á la vista perspicaz de nuestro Vives inconvenientes de tanto bullo, pero como todas sus obras llevaban el sello de una utilidad tan palpable como eminente, lejos de contentarse con meras especulaciones filológicas, se propuso restaurar al mismo tiempo la lengua de Virjilio y sentar las ideas mas sanas de educacion y de moral en sus bellos diálogos que publicó con el modesto título de *Ejercicios de la lengua latina*.

Erasmo de Rotterdam, insigne amigo de nuestro autor, habia resucitado con gran suceso este género de literatura en que el génio de los antiguos habia campado con toda su gala y originalidad y que habian inmortalizado por dos caminos bien distintos á la verdad Platon y Luciano. Erasmo mojó su pluma en la puzante é injeniosa ironía del segundo, y embistiendo con sus temibles armas al escolasticismo, le forzó á bajar de su cátedra orgullosa, haciéndole el objeto del ridículo

de todos. Conocedor profundo así de su época como del corazón humano, y bien convencido de que los tiros de una sátira fundada y justa son de reparo muy difícil, ridiculizó con agudeza sus desmedidas pretensiones y su escaso valer, y contribuyó á volcar el ídolo de un modo eficaz y poderoso; pero sus diálogos mas eran para gustados y saboreados por entendimientos maduros, que no enseñanza de los pocos años. Luis Vives siguiendo un rumbo opuesto, pero que conducía al mismo término, escribió todos los suyos para alimento de la niñez, y aunque sin aspirar á un sistema cabal y perfecto, dejó un tratado de educación en que la gracia del estilo, la pureza de la dicción y la sal ática del diálogo corren parejas con la sanidad de la lógica y la elevación de los principios morales. Ni los realzan y distinguen estas solas cualidades, pues la mayor parte de ellos tienen marcado carácter dramático y son estudios de costumbres tan variados y naturales, que parecen una representación viva, si no completa, de los incomparables cuadros de David Teniers. La frescura de las imágenes y la suavidad del colorido guardan tan arreglada proporción con la comprensión infantil, y tienen tal sabor de candidez y facilidad, que ellos solos bastarían á pintar como en un espejo el alma sencilla, benévola y pura de Luis Vives. En nuestro humilde entender esta clase de lectura es harto mas adecuada á la enseñanza de los niños que las fábulas y apólogos con que se suele desenvolver su razón y ejercitar su memoria, porque á la ventaja de tratar de cosas mas próximas á los sucesos ordinarios de la vida, reúne la de carecer de aquellos velos que muchas veces detienen la imaginación en las formas y esteroidades sin dejarle penetrar en el sentido de la lección. Mas fácil nos parece por otra parte llegar á formar el corazón del hombre con la comunicación de sus semejantes y con la simpatía natural que escita el sentimiento, que no por medio de símbolos y representaciones, no siempre claras, ni siempre acertadas y juiciosas.

Los diálogos de Luis Vives no son, lo repetimos aquí, un tratado completo y cabal de educación; pero cuánto no los elevan sobre otros muchos escritos con mayores pretensiones, la gracia, la facilidad y rectitud moral que en ellos se descubre! Si se descomponen al *Emilio* de Rousseau la originalidad de los pensamientos, la energía de la expresión, la vehemencia de la imaginación y la fuerza pasmosa del colorido ¿podría sostener un

paralelo con las enseñanzas de nuestro filósofo? ¿Podrían igualarse sus teorías, hijos de un alma herida y exaltada, descontenta de lo existente y codiciosa de novedades, con unas lecciones sabias, templadas y benignas, fruto á la vez de la creencia religiosa, de la convicción del entendimiento y de la experiencia de la vida? ¿Sobreprunarán nunca en aroma y en dulzura frutas maduradas en el invierno del cerebro á las que sazona y perfuma el sol del corazón y el rocío del amor y de la caridad? Creemos que no. Para nosotros cualesquiera que sean las modificaciones que sufran las ideas con las fluctuaciones y revueltas de los tiempos, siempre merecerán mas respeto los sentimientos que los sistemas y siempre tendremos en mas los principios y los vuelos del corazón que los intereses y los cálculos frios del entendimiento. Tres siglos se han pasado desde que Luis Vives daba á luz sus diálogos, y hoy es el día en que casi todas sus lecciones son aplicables y de fácil ejecución: nuestros padres han alcanzado á Juan Jacobo, y si se habla todavía de su libro es para alabar sus formas y estilo, tal cual destello de su alma apasionada y sublime, y aquel sello inmortal en fin que imprime el jénio en todas sus creaciones; pero á nadie le viene á la imaginación poner en planta sus preceptos.

Semejante divergencia de opiniones entre dos tan distinguidos talentos era sin embargo necesaria y efecto mas bien de las diferentes épocas, que no de la diferencia de sus sentimientos. Luis Vives vivió en un tiempo que si bien llevaba en su seno el jermen de las mayores revoluciones y mudanzas, todavía conservaba liosos todos los principios religiosos y sociales, y de consiguiente los afectos, deberes y convicciones que de ellos dimanaban. El siglo de Rousseau por el contrario mostraba mudanzas por sus cinientos las instituciones políticas y religiosas, las creencias y las costumbres; y alteradas por consiguiente todas las relaciones morales, forzoso era atender á las nuevas necesidades de algun modo y ensayar nuevos caminos para llegar á la época de todos presentada, pero que nadie podía fijar. La sociedad de Luis Vives, morigerada y espiritualista, ni apagaba ni torcía los instintos juveniles del alma; la de Rousseau corrompida y materialista, vicaba el entendimiento y corrompía el corazón. ¿Qué mucho, pues, que el uno dejase medrar en ella la planta de la juventud, ni que el otro la trasplantase inmediatamente á un de-

sierro lejos de dañosa influencias? Y hé aquí la razón del influjo extraordinario y en alto grado moral que ejerció aunque momentáneamente el *Emilio*, que en medio de sus combinaciones artísticas y facticias mostraba alta en su fondo un resplandor misterioso de virtud y desprendimiento, clara muestra de la distancia que mediaba entre los naturales sentimientos de su autor y las escogidas teorías á que le llevaban sus persecuciones y amarguras.

Como quiera, y volviendo á nuestro Vives, no fueron sus diálogos su obra de educación mas importante, antes bien al lado de los libros *De la Instrucción de la Mujer Cristiana y del Oficio del Marido*, aparece incompleta y manca.

Problema difícil ha sido en todos tiempos el del matrimonio desde la mas remota antigüedad hasta nuestros dias, y aun deberemos decir que cada vez se ha complicado mas y que su solución es por extremo espínosa. Los antiguos con escavizar la mujer no desataban, sino cortaban la difi-cultad, porque solo ejercían un acto de fuerza, contra el cual la razón protestaba sin cesar tícidamente. El amor para ellos no solía traspasar los términos del apetito, y este afecto noble y puro que en las naciones modernas ha sido fuente de tantas acciones generosas, era de ellos mas bien sentido que comprendido; en términos que si alguna vez lograba levantarse en áns de aquellos institutos inmortales que la humanidad siente en todos tiempos, bien pronto volvía al suelo venecido del peso de la sensualidad pagana. Cuando por fin Jesucristo trajo la libertad al mundo llamando á sí los débiles y desvalidos y publicando la ley de caridad, la mujer recobró sus derechos á la voz del que perdonaba á la adúltera y á la ramera arrependida; pero como la misión de los apóstoles era predicar por el mundo la palabra divina y vencer la incredulidad de las gentes, no podían declarar los derechos de la mujer ni zanjar estas cuestiones verdaderamente secundarias, y aun quizá imposibles donde quiera que domine el espíritu egipcio.

Así es que en todas sus epístolas se recomienda á la mujer la obediencia pasiva como á vaso de fragilidad, y se la pone bajo la mano y gobierno del marido en un todo. Militaba ademas de tal suerte por esta práctica el imperio de la costumbre, que naturalmente se debían llevar de ella los hombres, y solo por amor de la nueva gracia

miraban á sus mujeres como compañeras y no como esclavas.

Vino despues la irrupción de los bárbaros, y el cristianismo poseionado de estos pueblos jóvenes y vigorosos produjo el espíritu de caballería, institución sublime que fundada en los afectos mas puros y desinteresados, servía de valladar saludable á las invasiones y desastros de la fuerza brutal. Las mujeres, sin embargo, adoradas y reverenciadas en público, premiadoras del valor y alentadoras del ánimo, estaban reducidas en el hogar, su verdadero trono, á una condición enteramente pasiva, y tal vez miraban como pura concesion lo que podían tener por indisputable derecho de su seso y de su individualidad; achaque común á todas las épocas guerreras desconocer la fortaleza en la debilidad y rejirto todo por medios materiales.

Tal era el estado de las ideas cuando Luis Vives dedicó su libro *De Institutione Feminæ Christianæ* á Catalina de Aragon, Reina de Inglaterra y esposa de Enrique VIII, y fue á enseñar su virtud con la educación de la princesa Maria, hija y heredera de entrambos. Quizá se pudiera esperar del talento penetrante del filósofo valenciano alguna idea nueva y luminosa que diese májica á reformas y modificaciones en la vital cuestion del matrimonio, resuelta entonces por la sola fuerza de la autoridad; pero si se considera la solidez y trabazon íntima de las formas sociales de aquel siglo, fácil será advertir que toda tentativa se reduciría cuando mas al anago, y se quedaría en los límites de una utopía imposible. Cuestiones de esta especie solo se agitan cuando el espíritu de discusion lo socaba todo, y la duda y el análisis llevan á los hombres á reconocer los flaguecetos y dejarnos como en el aire. Luis Vives por lo tanto siguió las pisadas de la antigüedad no solo cristiana sino tambien pagana, y se acomodó en un todo al espíritu de su tiempo, ensanchando las prerrogativas casi omnímodas del marido, y limitando los derechos de la mujer á la obediencia y al silencio. A todo esto se junta un espíritu religioso austero, y ceñido en demasia y un estilo en general vehementemente y apasionado que sin duda empleaba con el objeto de imprimir mas fuertemente sus máximas en el ánimo tierno de una virgen. Luis Vives descollaba con razón de la fragilidad femeníl, pero llevaba sus recelos al

extremo, y mas parecia cuidar de las trabas y estorbos materiales que no de la educacion moral y de las naturales defensas de la virtud. De aqui nace el retraimiento absoluto á que sujetó no solo á las doncellas sino á las casadas y viudas, y de aqui el desasosiego y vivos temores que le inspiran todos los impulsos de la naturaleza, movimientos en su entender de la carne corrompida, que no aspiraciones del alma inmortal á su patria verdadera.

Con tan errado sistema Luis Vives desenoñea á la par la naturaleza humana, cuyos instintos como revelaciones que son de Dios, mas tienen de malos por las circunstancias que suelen acompañar su desarrollo que no por sí propios; y desenoñea tambien la perfectibilidad de la especie, fundada en la ley de Dios, rápida y visible entonces mas que nunca. Las cartas y consejos de los apóstoles y santos padres relativos al gobierno doméstico y á las relaciones de familia estaban en perfecta concordancia con el estado de aquella sociedad apenas despertada por la voz del cristianismo del letargo de los vicios y de la sensualidad; y mostraban ademas tino y prudencia suma cuando ordenaban una obediencia ciega á mujeres criadas en medio de ejemplos penitenciosos y faltas de todo desarrollo moral. ¿Cómo aplicar, pues, no ya su espíritu, sino tambien todas sus reglas y pormenores á una sociedad tan distinta de la suya y que habia alcanzado tan eminente perfeccion relativa?—Cuando Vives habla del amor fundada su juicio escoriamente severo y desabrido en el dictamen de los filósofos jentiles para quienes en jeneral, como dejamos apuntado, nunca traspasaban los terminos del apetito, y como si su opinion fuese para nosotros cosa puesta fuera de toda duda, lo desnaturaliza y califica de inclinacion bastarda é incapaz de levantar el ánimo á cosas grandes. ¡Extraño sentir por cierto en hombre tan eminente! ¿De bastarda y abaitada calificaba él la pasion de Dante y Beatriz, de Romeo y Julieta? ¿De ignoble tachaba el sentimiento que durante las tinieblas de la edad media esclareció la historia con las proezas de la caballería? Repetimos que nos maravilla semejante juicio, y semejante filosofía, si filosofía puede llamarse la que de esta suerte desconoce los mas evidentes fenómenos de nuestra naturaleza.

¡Cuánta distancia no separa tan adusta doctrina de la delicadeza y ternura de Fenelon y de la filosofía profunda y consoladora de Aime Martini!

Si el jénero humano está destinado á caminar á la perfeccion rompiendo poco á poco sus cadenas y abrazando la idea de una emancipacion progresiva, fecunda y evangélica, como mas de un intento lo ha acreditado en este siglo; fuerza será mirar á las mujeres bajo el punto de vista de una igualdad casi perfecta, reconocer sus derechos y sustituir á las relaciones de fuerza y predominio las de armonia y proteccion. Y tan patente se muestra semejante tendencia y tan alteradas estan las costumbres, que las formas de la educacion que Luis Vives propone, son de todo punto inaplicables al presente orden de cosas; no porque el fondo de sus doctrinas desdiga un punto de una pureza y virtud sin igual, sino porque la austeridad severa y rigida de sus ideas se acuerda mal con la suavidad y cultura de los tiempos actuales, que si bien no carecen de vicios y defectos gravísimos, todavia fecundan en su seno las semillas de una época mas venturosa. Fuera de esto la cordura, candor y santidad que encierra su obra, merecen alabanza extraordinaria: sus miras y pensamientos son casi siempre profundos y verdaderos y el estilo lleno de gracia y de sencillez en que refiere cosas pertenecientes á su familia, la vida ejemplar y virtuosa de su madre, el heroísmo de su suegra, cautivan y dejan ver como por un resquicio la bondad de su carácter y la apacibilidad de sus sentimientos.

Aun su ascetismo y rigor para con las mujeres quedó en gran manera templado y dulcificado con su libro *De Officio Martii*, dedicado á Juan Borja, duque de Gandia, en que campean las máximas mas elevadas y benignas, y los preceptos mas apostólicos y llenos de indulgencia que imaginarse pueden. Este libro que por un raro contraste aventaja al primero en uncion y abandono es una guía segura y fija para gobierno de los padres de familia, y un código de prudencia, caridad y virtud con que disciplinar desde luego los hombres en el santuario del hogar doméstico. No se notan en él la prolijidad de pormenores ni la precision del método que conviene el anterior en una obra regular y concluida, pero los consejos y pensamientos jenerales que comprende son de la mayor utilidad y trascendencia.

Con trabajos y empresas de tamana importancia debía asegurada su fama Luis Vives, pero el mismo espíritu indagador y profundo que le llevaba á desenmarañar las mas espinosas cuestiones socia-

les, le movió á acometer de frente y con su acortumbrado aplomo una de las mas áridas de todas. Como quiera que la mendicidad sea una verdadera lepra de la sociedad aun durante estos tiempos que han visto plantearse tantos establecimientos para su remedio, en los de nuestro autor era tanto mas de lamentar cuanto que el desarrollo industrial de las naciones estaba todavia en su infancia y que una caridad indiscreta, si bien laudable en el fondo, alimentaba este inmundal de corrupcion é inmoralidad. Por otra parte la miseria y sufrimientos de las clases menesterosas eran tales que en el año de 1522 solo en Sevilla murieron de hambre 500 pobres. Tan encarecida llega procuró cicatrizar nuestro Vives con su tratado *Del Socorro de los pobres* (De Subventione Pauperum) que dividió en dos libros, dedicándolo á la municipalidad de Brusias, pueblo de su adopcion, y que con razon podia contarle en el número de sus ciudadanos. En el libro primero funda la obligacion de la caridad y el alivio del prójimo asi en las creencias religiosas, como en los principios morales que cada hombre tiene esculpidos en su corazon; pero en el segundo presentando la cuestion de la indigencia como un problema puramente social y escamánandola bajo todos sus aspectos, desenvuelve con claridad la teoria del trabajo y sienta principios económicos de rara elevacion en aquella época que todavia alcanzaba en mantillas á esta ciencia. Sus ideas sobre la moralidad del trabajo, sobre su distribucion, sobre el reparto de sus productos, sobre el adelanto y educacion de los muchachos pobres son superiores á todo elogio, porque lejos de ceñirse á una mera especulacion industrial dirigida por el interés de la ganancia, todos sus conatos se encaminan á la perfeccion moral del individuo y á restituir á la sociedad sanos y ágiles estos miembros enfermos y podridos que podian agrandar su cuerpo. No es el suyo un cálculo frio y mezquino en el cual entre el avasallamiento del menesteroso: la caridad y el progreso de la especie humana animan como un soplo divino sus escritos, y el emborion de su sistema social y la benevolencia inteligente que en él descella, nos obligan á mirarle como el Owen de su siglo.

La portentosa variedad de los escritos de Luis Vives solo nos ha permitido dar á conocer (aunque con menos criterio y madurez de lo que merecian) los mas trascendentales y graves, asi por lo mucho que influyeron entonces en la marcha de las ideas,

como por su intrínseco valor. Tampoco cuadraba á nuestro propósito un bosquejo de su vida trabajada de enfermedades, privaciones y amarguras de todas clases; pero justo será decir que todas ellas sirvieron de crisol á su conducta y que nada en el mundo le hizo olvidarse un punto de lo que á su cuna y á su conciencia debía. Pobre, jamás se abatió á un término vergonzoso; caballero, fue idólatra de la lealtad, y en defensa de Catalina de Aragon, su bienhechora, arrostó la saña tremenda de Enrique VIII y sus prisiones; sabio, convirtió la ciencia en una religion, y á sí propio en sacerdote de ella; y ciudadano en fin y hombre privado, su proceder le granjeó el aprecio sincero de todas las almas elevadas de su siglo.

Tal fue Luis Vives. Si su apego por ventura excesivo á las doctrinas y ejemplos de la antigüedad ocultó alguna vez á sus ojos la tendencia de las sociedades modernas, y le forzó á prescindir de la historia, no es culpa suya sino de la época en que vivió; época como todas las de transicion guiada mas bien de los instintos que de la razon, y que cansada de lo pasado y ansiosa de lo futuro, alguna vez se apartaba de los terminos de la justicia. Por lo demás, ¿quién puede presentar títulos mas valederos que los suyos á la gratitud de sus compatriotas y del mundo entero? ¿Quién mas fiel intérprete de aquel siglo extraordinario, siglo verdaderamente de gigantes y que hubiera abrumado con su peso á cualquiera inteligencia que no estuviese sostenida por la mano de Dios? La losa del olvido nunca debió cubrir tan maravillosas obras, y en obsequio de nuestro país deseamos que fuerzas mas poderosas que las nuestras se empleen en reemoverla, y que otras plumas mas delegadas llenen los vacíos de esta clase que se notan en nuestra historia literaria. (*)

ENRIQUE GIL.

(*) Entre las ediciones de Luis Vives, merecen particular atencion la de Basilea, hecha por el distinguido impresor Episcopio, y sobre todo la de Valencia en 1782, ordenada por el erudito D. Gregorio Mayans, costada por el erudito y fuero, arzobispo de esta ciudad, é impresa con suena correccion y buen gusto por Benito Montfort. Si en este artículo nos hemos abstenido de notas y citas de toda clase, es porque pensamos remitir á ella al curioso lector que nada tendrá que desear en punto á datos y noticias por prolijos que los busque.